



Vibraciones tras el derrumbe. Foto: Óscar García

Sven Von Thülen

Ley y desorden

Berlín es, desde hace ya una década, el destino turístico favorito de cualquier amante del techno y de la electrónica de calado *underground*. Los horarios, tremendamente laxos –es fácil encontrar clubes abiertos ininterrumpidamente desde la madrugada del sábado hasta el lunes por la mañana–, así como una manga ancha difícil de hallar en cualquier otra ciudad europea son dos de sus grandes atractivos. Hablamos con Sven Von Thülen, coautor del muy recomendable “Der Klang der Familie. Berlín, el techno y la caída del Muro”.

Por MARC PIÑOL

Quien visita la ciudad con la idea de pegarse la fiesta del siglo no suele pensar que la muy favorable situación actual del clubbing berlinés no surgió de la nada. Sven Von Thülen, coautor junto a Felix Denk de “**Der Klang der Familie. Berlín, el techno y la caída del Muro**” (“Der Klang der Familie. Berlin, Techno und die Wende”, 2012; Alpha Decay, 2015), lo aclara sin pestañear. “Hay un evento capital que distingue Berlín de cualquier otra ciudad europea: la caída del Muro en el 89. Tras este episodio, y de un día para otro, la ciudad pasó a considerarse un espacio para la creación temporal de nuevas herramientas sociales. Realmente, fue algo inmediato”.

Hasta ese momento, la música que movía a la juventud del Oeste era el punk y el rock, principalmente. “De todas formas, hacía ya tiempo que aquella escena estaba tocada de muerte y los jóvenes no se identificaban particularmente con ella. Así que, como en el Oeste no había muchos sitios a los que ir, decidieron ocupar espacios abandonados del Este para realizar sus fiestas ilegales”. Espacios tan imposibles como los sótanos de una oficina bancaria (el célebre Tresor) o una central eléctrica (el ya extinto y pionero E-Werk). O cualquier casa de la hoy adinerada zona de Mitte, donde entrar a vivir en un piso vacío era tan sencillo como darle una patada a la puerta, pedir un contrato de arrendamiento y que te lo dieran al momento.

“Era así de sencillo, sí. El gobierno no te ponía ninguna pega porque nadie en su sano juicio quería irse a vivir a esa parte de la ciudad. No deja de ser el clásico relato de cualquier gentrificación, aunque en el caso del Berlín Este es mucho más especial por culpa de la Segunda Guerra Mundial. En Mitte había un montón de edificios que habían pertenecido a familias judías, y finalizada la guerra los propietarios no volvieron. Ya en la década de los noventa, cuando la RDA terminó, nadie sabía quiénes eran los propietarios, o si vivían todavía. Averiguarlo llevó mucho tiempo. Hubo antiguos propietarios que consiguieron sus casas tras unos años. Por otro lado, algunos inquilinos tuvieron la suerte, si es que se le puede llamar así, de que vivían en un edificio donde los dueños habían desaparecido, así que podían quedarse allí. Fue una situación muy jodida y extraña, y creo que ese profundo pesar estuvo muy presente en la creación de la escena de clubes en la ciudad”.

A uno le cuesta imaginar cómo pudo florecer tamaño industria de ocio en un contexto tan complicado, marciano e indefinible. “Creo que la del ocio es una de las únicas industrias que ha funcionado en Berlín, así que el ayuntamiento siempre ha dado carta blanca a la gente con propuestas sólidas. Lo mejor es que los clubes nunca se han visto obligados a ser complacientes, lo cual es motivo de orgullo y una de

las señas de identidad de la escena”. Quedan restos aislados de aquella escena, tan vibrante y desacomplejada, que se retrata en el libro. Pero también da la sensación de que no le queda mucho tiempo antes de pervertirse completamente y doblegarse al dinero fácil. En especial, desde que Claire Danes y Lady Gaga, entre muchas otras celebridades, han declarado ser fans del Berghain, el club más exclusivo del circuito y uno de los templos del techno *underground* a nivel mundial. “Bueno, la deuda de la ciudad es de sesenta mil millones de euros, así que, honestamente, Berlín necesita a los turistas. Pero también sigue interesando que haya equilibrio; buscar un turista joven, inquieto y afín con los ideales de la ciudad. Uno de los temas principales del libro es que esa gente joven e inquieta levantó esta ciudad de la nada, sin apenas recursos. Y creo que el ayuntamiento de Berlín ha tomado nota y sabe que necesita a los jóvenes para seguir levantando la ciudad”. Aquellos jóvenes del libro, ahora ya entrados en los 50, parecen no tener muchos reparos en obviar ciertos aspectos negativos de la historia. “Mucha de la gente a la que entrevistamos no tenía un recuerdo demasiado amargo. No es que no haya recuerdos amargos, los hay a montones, y en el libro hay unos cuantos. Pero creo que la gente que vivió esa etapa es plenamente consciente de que fue algo excepcional e irreplicable, una de esas oportunidades que solo pasan una vez en la vida”.

Que bailar es un acto transgresor, y más aún al considerar cómo está la vida, es un hecho irrefutable. Quizá sea ese sentimiento de transgresión lo que llevó a aquellos chavales a politizar el baile en una ciudad en ruinas. “Caído el Muro”, explica Sven, “Berlín Este era un territorio sin ley. Los más jóvenes se aprovecharon de ello de manera muy positiva, y los políticos, quizá porque no eran capaces de entender qué ocurría, decidieron seguirles la corriente. Y algo de esa escena queda aún en el Berlín de hoy. Es lo que diferencia esta ciudad de casi cualquier otro lugar. Más que una ciudad, Berlín es un experimento social”. ■